

Odiseas, epopeyas y elegías

KINOS. RESISTENCIAS GRIEGAS

El periodo mudo del cine griego se parece a un continente oscuro. Afortunadamente, la histórica colaboración entre los archivos de la FIAF permitió al Greek Film Archive expandir su colección, como fue el caso de *Astero* (1929). Se trata de la tercera producción de la productora DAG, fundada en 1923 por los hermanos Gaziadis. Dirigida por Dimitris Gaziadis, este segundo intento de adaptar a la pantalla uno de los dramas bucólicos tan populares en el teatro fue un gran éxito de público que estuvo desaparecido durante décadas. Se trata en verdad del primer intento por inventar un género griego, radicalmente autóctono, filmado en el Peloponeso e incorporando escenas documentales de pastores nómadas. La historia del cine griego es sin duda una historia de resistencias.

Tras una casi total aniquilación de la producción nacional durante la tercera década del siglo pasado, los años cuarenta fueron testigos de la emergencia de los estudios (Finos Films, Anzervos) y aquello que Aglaia Mitropoulos ha denominado la Escuela de Atenas. Uno de sus máximos representantes fue Yorgos Tzavellas, quien desarrolló durante dos décadas una de las filmografías más sólidas de su tiempo, siendo *The Counterfeit Coin* (1955) sin duda una de sus obras más celebradas y un verdadero hito del cine griego. Tragicomedia de aguda y penetrante visión social, el film apela directamente a los sectores marginales de la sociedad griega, que hemos establecido como una de las líneas

principales del ciclo "Resistencias griegas", diseñado por el Greek Film Archive junto a Filmoteca Española.

Cacoyannis, Koundouros, Grigoriou, a principios de los cincuenta, y Kanelopoulos, Kyrou, Manthoulis y Damianos, en los años sesenta, formaron parte de la primera ola de cinefilia, y sus trabajos se caracterizan por el realismo y la expresividad autoral también en el retrato de la marginalidad y las crónicas de supervivencia. Para su segundo largometraje, Koundouros escogió como coguionista a James Kampanellis, joven autor que fue deportado a Mathausen durante la ocupación alemana. *The Ogre of Athens* (1956), sin duda uno de los grandes clásicos del cine griego, nos cuenta la historia de Thomas, un tímido trabajador civil que es injustamente perseguido por la Policía debido a su semejanza física con un jefe de la mafia de Atenas, circunstancia de la cual Thomas tratará de sacar provecho.

En los años sesenta del siglo pasado, marcados por diversas crisis políticas que desembocaron en la Dictadura de los Coroneles (1967-1974), las trincheras de la resistencia estaban en la lucha por la libertad democrática. Un joven director de Macedonia, Takis Kanelopoulos, sorprendió con un impresionante debut en 1962, *Glory Sky*, un poderoso film antibélico que se opuso frontalmente a la ideología de la esfera pública oficial, empeñada en afianzarse como custodios del

Sweet Bunch (Nikos Nikolaidis, 1983)





Canino (Yorgos Lanthimos, 2009)

pasado militar. El film se presentó en Cannes y supuso la entrada en la escena internacional de un talento lírico con el suficiente valor como para condenar la futilidad del ejército. En 1965, el teórico Adonis Kyrou regresó de París para dirigir el film más emblemático sobre la Resistencia griega y el colaboracionismo, *The Roundup*. Basada en una historia real, sobre cómo los alemanes, durante la ocupación, ejecutaron a 300 procomunistas en un barrio de Atenas y enviaron a otros 1.200 a campos de exterminio, la película adopta un estilo de “realismo cruel” extraordinariamente sobrio y poderoso.

El cine político estableció su hegemonía en el periodo 1974-1981 que sucedió a los años de la dictadura militar. La figura dominante, tanto a nivel nacional como internacional, fue Theo Angelopoulos, pero hubo otros cineastas como Niko Panayiotopoulos, Costas Ferris, Nikos Nikolaidis y Tonia Marketaki que también desarrollaron un estilo propio en el llamado cine de los autores. En 1978, Panayiotopoulos se embarcó en el rodaje de *The Idlers of the Fertile Valley*, adaptación de la novela de Albert Cocheri, que emerge como una alegoría del sueño que acaba dominando la vida de tres hijos y un padre que han heredado una lujosa villa en los suburbios de Atenas. Las poéticas de la identidad empezaron a tomar el lugar de las políticas de clases en el cine griego a partir de los años 80. La mujer moderna, refugiados e inmigrantes empezaron a dominar la pantalla con sus presencias. *The Price of Love* (1984) de Marketaki, una de las cineastas pioneras de Grecia, es un buen ejemplo. Su historia de una mujer soltera que decide sacar adelante a su hija tras rechazar una propuesta de matrimonio marcó realmente un punto de giro en la cinematografía griega, no solo por adoptar el punto de vista de un personaje femenino, pero también por su espléndida recreación de la Corfu decimonónica, con una fotografía y una ambientación de enorme belleza y precisión.

Entre la herencia y el parricidio

Rembetiko (1983) de Costas Ferris marcó el regreso de la música rebética al inspirar su ficción en la vida de la cantante Marika Ninou, que murió joven. De origen grecoturco, la música no se emplea como herramienta para señalar una oposición de grupos, como así fue en los años 50 en los casos de Koundouros y Cacoyannis, sino como una forma de investigar cuestiones de identidad y de subcultura a través del musical. La memorable, deliciosa *Sweet Bunch* (1983) de Nikolaidis llegó aún más lejos en su denuncia de los discursos hegemónicos, que glorificaban la transición democrática a la Grecia moderna, para en su lugar dedicar la película “a una generación que no creía en la política sino en la amistad, el amor y el libre pensamiento”. Los temas habituales de este director, el fetichismo hacia el instinto de muerte, adquieren una nueva energía al convertirse en una elegía para románticos y anarquistas en una época de creciente cinismo político.

El foco del cine de los noventa también viró de la representación de refugiados griegos, llamados “refugiados políticos”, a los movimientos de migración internacional y su propio viaje a y dentro de los Balcanes. Las narraciones cosmopolitas y la condición posmoderna tomó las riendas del arte cinematográfico griego, como queda patente en la última trilogía de Angelopoulos, la “trilogía de las fronteras”. *La eternidad y un día* (1998) es la más humanista de las tres piezas. La odisea que pone en escena el filme, con un conmovedor fondo de esperanza, glosa el recorrido geográfico de Tesalónica a la frontera greco-albana, pero también el trayecto mental de la memoria del autor y el viaje en el tiempo, derribando las fronteras entre el pasado y el presente, entre lo real y lo imaginado. “¿Cuánto tiempo dura el mañana?”, parece ser la pregunta que nos lanza Angelopoulos.

Nos pareció necesario destacar en este ciclo cómo durante el siglo XXI un gran número de jóvenes directores han fortalecido la cinematografía griega con su presencia en festivales como Venecia y Cannes (y hasta en los Oscar, en el caso de Yorgos Lanthimos), y cómo sus propuestas podrían agruparse en tres grandes grupos: los excéntricos, los socio-realistas y los *flâneurs* modernos. La pregunta que nos asalta es en qué medida estos autores están cometiendo un parricidio simbólico o perpetúan la herencia de los grandes maestros griegos. En películas como *Canino* (Lanthimos, 2009), *J.A.C.E* (Menelaos Karamaghiolis, 2011), *Park* (Sofia Exarchou, 2016) y *Amerika Square* (Yannis Sakaridis, 2016) puede que encontremos alguna respuesta. ●

Maria Komninos / Carlos Reviriego

Directora de Programación de Greek Film Archive
 Director de Programación de Filmoteca Española